

El Tren de Cuerda,

Novela de Adolfo Couve

Por Hugo Montes B.

Lejos de la estridencia y de la moda, al margen de los grupos, sin mayores novedades técnicas, Adolfo Couve trabaja, trabaja, y nos entrega un libro y otro —ya son cuatro— destinados a alterar la narrativa chilena. El último, ciertamente el más logrado, se titula *El tren de cuerda. El Parque*. Presentación digna hecha a punto de esfuerzo y de buen gusto, porque a la vista está la precariedad de medios; texto breve: ambos relatos suman 130 páginas pequeñas; editorial nada conocida: Galería Epoca. La fuerza va por dentro y no requiere tanto apoyo material para alcanzar el buen resultado.

El tren de cuerda consta de dos partes. La unidad la da el protagonista, niño en la primera, joven en la segunda. Protagonista que no hace demasiado honor a su nombre, pues se le ve como pasivo, querido más que queriendo, recogido antes que decidor o activo. Niño y joven un tanto a la deriva. Su madre lo deja en la casa del almirante rico y lo lleva más adelante a la casa del agricultor adinerado y querendón. Todo así, porque lo mandan al colegio, porque le dan y le quitan su tren de cuerda, porque es víctima del interés desviado del chofer del viejo marino. Protagonista unido a las cosas, no como un objeto más, sino en cuanto su destino está en dependencia. Depende de situaciones ajenas, por ejemplo, de las veleidades de la almiranta, que lo acepta en su hogar con la secreta e inútil esperanza de retener más en ella a su esposo. Niño cosa, joven confundido en el destino de los otros.

En esta situación limitada y solidaria se da paradójicamente el encanto del chico. El lector lo siente cerca, desea protegerlo, quisiera hacer por él lo que está siempre omitiendo. Protagonista entonces, no por su actividad, sino por su vinculación interior con el lector. Viejos ejemplos hay tras este recurso: Aquiles —verbi gratia— es personaje protagó-

nico en la *Iliada*, también cuando depone sus armas y los troyanos hacen retroceder a los griegos.

Se trata de algo más que de un recurso retórico. Adolfo Couve construye una novela "objetiva" en la que el mundo es presentado como desde afuera, en afán descriptivo y de relato puro. Cosas y personas ocupan un sitio preciso en ese mundo y el autor parece no tener otra misión que entregarlo con fidelidad, aun a costa de su personaje.

Es grato y doloroso recorrer ese mundo. Duele la pequeñez de la mayoría de los seres humanos, de los cuales el niño es, en gran manera, víctima. El agrado surge precisamente de la fidelidad con que todo está contado. Fiel y preciso es el autor. Un envidiable dominio del lenguaje —léxico, sintaxis, fluidez narrativa— le permite ir y venir por vericuetos de adentro y de afuera, sin confundir nada, sin olvidar nada, sin exagerar nada. Presentación impoluta pero no de clínica, severa aunque tocada de ironía, dolorosa con sufrimiento matizado por la delicadeza y el encanto de un niño, de un joven inolvidable.

¿Pudo haber una relación más explícita entre una parte y otra? No nos atrevemos a afirmarlo, pero no podemos menos que formular la pregunta. Realmente dan ganas de saber por qué el autor no hizo siquiera una evocación al término de la segunda de alguno de los personajes específicos de la primera. Pero es pregunta antes de curiosidad que de sabiduría. El libro, así como está, es una gran novela. Novela distinta a la que nos acostumbraban los narradores de la lengua, del "boom" sobre todo. Pero ahí está, quizás más perdurable que la de muchos de los famosos.

Es un privilegio asistir al nacimiento de un artista de la palabra, más si es un artista sobrio, responsable, de buen gusto, como Adolfo Couve.